

después hasta de su exilio, ya en los años sesenta, cuando lo que hicieron fue ocupar un puesto que le ofrecían en una universidad de Estados Unidos, o hasta pretendían presentar como un exilio lo que era un puesto diplomático en París, propuesto por el propio gobierno de Franco. Y yo por mi padre sabía que muchos de ellos eran franquistas convencidos. Por eso en un sentido me parece bien que se sepa lo que pasó, que no se tomen ya medidas contra nadie, pero que se sepa.

—¿Y cuál sería la contradicción?

—Lo que pasa es que la contradicción me viene por algo que también sale en el libro, o en algún otro libro mío incluso: ¿por qué añadirle al mundo algunas historias atroces que ya es suficiente que hayan sucedido como para encima incorporarlas a relato del mundo? Tengo esa duda. ¿Por qué añadirles una vergüenza a los descendientes de verdugos o ejecutores que seguramente no han tenido nada que ver?

—«La memoria es un dedo tembloroso», cita Deza, y usted añade «y no siempre atina a señalarnos». Sin embargo, Tu rostro mañana es un esfuerzo titánico de memoria, ¿tal vez porque el olvido es a veces un atajo hacia la impunidad?

—Esa cita es de Benet, y yo la completo. Hay otro elemento que me hace dudar y es la aversión o la repugnancia que tengo hacia los delatores, seguramente porque mi padre fuera víctima de uno. Y aunque sea distinto no sé hasta qué punto el estar señalando a la gente, sobre todo de cosas ya muy lejanas, no me gusta. Uno de los problemas graves con esta historia de la guerra civil es que yo me he dado cuenta de que cuando era joven, cuando publiqué mi primera novela a los diecinueve años, en el año 71 entonces hacía tanto tiempo que había tenido lugar la guerra de Cuba como ahora hace tiempo que tuvo lugar la guerra civil. Y me parecía una cosa tan remota, a pesar de tener una abuela cubana que tuvo que marcharse de allí cuando perdió España, y que me hablaba de la voladura del Maine. Y ahora no tenemos esa sensación. Segura-

---

**«¿Por qué añadirles una vergüenza a los descendientes de verdugos o ejecutores que no han tenido nada que ver»**

mente porque en una guerra civil como aquella es más difícil olvidar al enemigo cuando lo sigues teniendo aquí y después vienen casi cuarenta años de dictadura del que venció la guerra. Pero supongo que también es muy cercana porque los propios padres de la gente de mi generación la vivieron.

—¿Será quizá esa necesidad de hablar después de esa especie de pacto de silencio durante la transición? Igual que ocurrió en Alemania, donde, tras la guerra, hubo también una generación del silencio.

—Sí supongo que es normal que suceda, pero es que no podía ser de otra manera porque estaban todavía allí, como quien dice. Lo que pasa es que aquí la generación del silencio ya la tuvimos. Forzada. También es que en España la gente es muy alegre y muy idiota, lo siento una vez más. Porque la gente no se acuerda, o los más jóvenes quizá ignoran que *Franco murió* tranquilamente en el poder, en su cama y que nadie lo derrocó. A veces la gente actúa como si hubiera habido una especie de conquista de la libertad y no la hubo. Y llegó en gran medida gracias al Rey que ahora la gente se dedica a denostar, cuando él podía haber tirado por un camino distinto del que eligió, aunque le hubiera ido muy mal. Y no es que hubiera habido exactamente un pacto, es que no había otra opción.

—*Sin embargo, otro de los temas de Tu rostro mañana es el del precio de no callar. «No debería uno contar nunca nada», así comienza el primer tomo. Y en el último se comprueban las consecuencias de dar una opinión. Sin embargo, usted opina continuamente, en sus artículos y también dentro de sus novelas. ¿Opinar es un riesgo, un vicio, un acto de responsabilidad?*

—El que escribe en prensa no tiene más remedio que opinar. Es inevitable porque es también lo que el lector de periódicos busca: una opinión más o menos fundamentada. Yo puedo parecer a veces un poco exagerado porque si no exagero, no me divierto. Por eso en mis artículos digo a veces cosas un poco locas pero intento argumentar a la vez y explicar el porqué de mis opiniones.

---

**«A veces la gente actúa como si hubiera habido una especie de conquista de la libertad y no la hubo»**

Y, hombre, hay días en que uno está cansado también de opinar y cosas sobre las que uno no tiene opinión. Y a veces merece la pena exponer cierta perplejidad sobre determinada cuestión y mostrar que las cosas no son tan simples. Y riesgo desde luego (ríe), porque siempre hay gente que se irrita y a veces tienen razón y entonces no tengo inconveniente en pedir disculpas cuando me toca. Hace unos días por la calle me paró uno y estuvo a punto de agredirme directamente, ofendido por mi artículo anual sobre la Semana Santa. Pero también hay gente que te da las gracias y te dicen que menos mal que existen tus artículos. Y por supuesto que es una responsabilidad opinar en un medio de comunicación, aunque parezca que yo no llevo mucho cuidado, sí lo llevo.

*–Se supone que para opinar primero habría que saber. Pero también se dice en la novela que hoy en día «nadie está dispuesto a saber con certeza nada, porque las certezas se han abolido, como si estuvieranapestadas.» ¿Tenemos todos una tendencia natural a engañarnos?*

–Sí eso es cierto. A menudo tenemos las pruebas claras de eso. Por recurrir a un ejemplo cercano e inmediato, es obvio que la guerra de Irak fue un disparate, un error, que fue ilegal, no había armas de destrucción masiva etc. y sin embargo hay gente, mucha en Estados Unidos pero también en España, que sigue opinando que sí tenía que ver el 11-S con Irak y con Sadam, que sí había armas... La gente dice «yo ya me he hecho esta idea a mí ya me pueden contar lo que sea, que yo lo voy a negar siempre». Son gente que destesta saber en asuntos colectivos, y a nivel individual nos sucede también. Como se dice en el libro, a veces percibimos avisos o cosas que no nos gustan de personas cercanas a las que queremos, y tendemos a dejarlo pasar hasta que, cuando el tiempo confirma eso, reconocemos que lo vimos, pero no lo quisimos saber porque a veces es difícil aceptarlo. Yo, cuando eso sucede con algún amigo, tomo nota.

---

**«La guerra de Irak fue un disparate, pero aún hay gente que la vincula al 11-S y a Sadam Hussein»**

—Y hablando de amigos, otra aparición estelar llamativa en este tomo es la de Francisco Rico. «Hoy ha venido el profesor Rico», dice un personaje llamado Garralde. «El profesor Rico, nada menos. Es una gran eminencia, un primer espada, y muy severo. Al parecer trata a patadas a la gente que le parece idiota o que lo importuna. Es muy temido, muy impertinente, muy cáustico. Es académico de la Española.» ¿Si alguien diese una descripción similar de usted, acertaría en parte o estaría equivocado por completo? A veces se ha quejado de la imagen que se tiene de usted.

—No me quejo, simplemente constato que la tengo y no me explico muy bien por qué. Al trato al menos no creo ser arrogante o altivo o estas cosas que a menudo se dicen de mí. Puedo dar esa impresión o quizá, en los artículos sobre todo, no tengo muchos reparos en señalar lo que me parece una sandez y a lo mejor esa manera tan franca de decirlo puede parecer arrogante pero qué le voy a hacer, es que a mí no me van mucho los eufemismos. Los sé utilizar, sobre todo después de haber pasado por Oxford, podría decir «esto no sería quizá tan inteligente como uno desearía» (ríe), pero francamente no me divierte. Tampoco Rico es así, seguramente luego el pobre es más afable de lo que se dice ahí. Y yo puedo tratar a patadas a alguien en un artículo, pero en persona no creo que trate a patadas nunca a nadie, ni siquiera a los que me parecen más imbéciles. En persona me cuesta mucho no ser como mínimo cortés. No soy de dar bufidos ni dar cortes tremendos a una persona. Por escrito y en artículos es otra historia. Pero me cansa sobre todo cuando viene esa gente que no me conoce y me dice «ah, pero eres muy normal», aunque entiendo que si eres una persona pública tienes que aguantarte.

—«*Todo el mundo muere en el engaño, sin saber nunca lo bastante*». ¿No somos capaces de decir la verdad, ni siquiera a las personas a quienes más queremos?

—Eso se dice en un momento en el que se habla de los muertos. El vivo, simplemente porque se ha quedado más tiempo, sabe

---

**«Todos vivimos y morimos engañados, en unas creencias que a los cuatro días ya no van a ser las imperantes»**

más, puede averiguar cosas que el muerto no llegó a saber y entonces tendemos a pensar en el muerto, por sabio que fuera, como «pobrecillo, esto no llegó a saberlo». Todos vivimos algo engañados y por tanto morimos algo engañados. Y eso lo relaciono con esa especie de conmiseración que hay hacia las cosas del pasado de la que he hablado en otros libros. Y por parte de los vivos también hay la presuntuosa superioridad que sienten respecto a los muertos simplemente por haber llegado más lejos. Claro que todos morimos en una creencias que al cabo de cuatro días ya no van a ser las imperantes.

—¿Por qué cree que «todo tiene un tiempo para ser creído»?  
¿Tanto cambia el rostro de las personas con el paso de hoy a mañana?

—Todo tiene un tiempo para ser creído quiere decir que hay cosas que durante un tiempo se creen incluso colectivamente. Y eso lo saben bien los difamadores y los calumniadores. Si tú ahora vas a Alemania seguramente encontrarás a cuatro gatos neonazis y a cuatro nostálgicos que aún vivan que te digan que Hitler fue un gran hombre y que hizo mucho por Alemania y hasta por Europa. Y sin embargo hubo un tiempo en que lo creyó toda Alemania aunque hoy nos parezca inverosímil. Lamentablemente es así.

—Una curiosidad: ¿cree que a Ian Fleming, el autor de las novelas de James Bond, le habría gustado Tu rostro mañana?

—No, no creo. Demasiada poca acción para lo que a él parecía que le gustaba ¿no? A lo mejor a John Le Carré si lo leyera le podría gustar, pero a Ian Fleming no sé...

—Ha dicho que es el último esfuerzo de estas dimensiones, incluso que ha llegado a tener la sensación de que no iba a escribir más novelas. Supongo que habría que añadir un «de momento»

—De estas dimensiones seguro. Y claro creo que he dicho casi siempre que «de momento». A día de hoy no me veo, pero eso no quiere decir que dentro de un tiempo o pueda escribir una novela de dimensiones normales. Ahora no me veo en ello porque para mí los comienzos de las novelas son lo más lento y lo más costo-

---

**«Hay cosas que durante un tiempo se creen colectivamente, y eso lo saben los difamadores»**

so. Las primeras cuarenta páginas me cuestan mucho tiempo y es lo que me resulta también más aburrido: la creación de un mundo, la presentación de personajes y tal. Entonces la mera idea de empezar con otro mundo distinto de éste, ahora mismo me da una pereza infinita, pero puede que sí en el futuro.

–¿Y mientras?

–Mientras siempre puedo escribir cuentos, que es lo que preveo que haré, aunque sólo sea para poder escribir la palabra «fin» a menudo, sin tener que esperar siete años.

–*Cuando entrevisté a Enrique Vila-Matas para Cuadernos Hispanoamericanos le pedí que le hiciera una de las preguntas de esta entrevista que ya tenía prevista. Me contestó que, mejor que algo literario, quería preguntarle si todavía conserva, o quizá ha tirado o regalado, el libro de Toussaint sobre Zidane que le regaló la última vez que fueron a un Barça-Madrid..*

–Claro, lo conservo, pero aún no lo he leído con este atraso de lecturas que tengo desde hace años. Y por supuesto que pienso leerlo. Nunca además habría regalado un regalo que viniera de él, aunque sea de un forofó del Barça, de un culé. ©